



lona— y destaca por ser una sorprendente mezcla de ambición china y refinamiento occidental. De lo primero da fe un océano privado, que es como pasa a llamarse una piscina de agua salada cuando esta tiene 20.000 metros cuadrados, es navegable y, justo en su punto medio, está ubicada la mesa de un restaurante cuyo servicio se realiza en piragua. Si en Haitang no se puede nadar, habrá que inventarse un nuevo mar. Mientras se espera una hora a que se llene el jacuzzi, la vista desde el balcón de la habitación de este océano —un día lo llamé lago por ahorrar letras y casi me expulsan— es fascinante.

De lo segundo, lo occidental, Sanya Edition ofrece cosas realmente fabulosas que aún no sabemos cómo asimilará el público local. Por ejemplo, la zona de juegos para niños tiene una pista de autos de choque. El hotel cuenta con dos tiendas, pero ninguna es la típica de un resort. Una es una biblioteca centrada en *coffee table books* donde se despachan ediciones de Aassouline o Taschen. La otra sería un puesto de *souvenirs* si no fuera porque, en realidad, vende piezas de diseño. También hay una galería de arte. La recorremos con el jefe de ventas del hotel —es todo un profesional: a pesar de la que liamos con los moluscos anoche, no nos ha perdido

el respeto—, observando instalaciones de videoarte y muestras de creadores chinos contemporáneos.

Más tarde, tomando una cerveza en el bar del piso 15 —¿necesita un resort una piscina en una azotea? Este sí—, la directora de *marketing* nos cuenta una peculiaridad respecto al público chino. Están dos noches en el hotel, se sacan mil selfis. Luego, durante el resto de su estancia en la isla, se instalan en un establecimiento más asequible aunque menos fotogénico y se dedican a colgar esos selfis en su Instagram para fingir que aún siguen aquí. La miro indignado. “Es un piropo”, me dice.

“¿Tú crees que los europeos van a venir?”, me pregunta la misma directora de *marketing* minutos antes de partir, frente a un vino en The Jade Egret, el restaurante de tapas chinoespañolas del hotel. Le respondo que es fabuloso y que cualquier europeo con reticencias ante el concepto resort debería visitarlo. “¿Pero?”, insiste. Es complicado llegar. 20 horas de vuelo, dos escalas. “¿Pero?”. Si se accediera con menos dolor sería perfecto. Es el primer hotel con cuerpo de complejo vacacional y alma de hotel-boutique que he visto en mi vida. Y se acabaron los peros.



4. El interior de una habitación. Por fuera a todas tienen balcón con jacuzzi y vistas al mar... y al océano privado.
5. Market es el mejor de los restaurantes de este Edition.
6. Vistas de la entrada del hotel desde North Haitang Road.

SEVILLA A MERCED

Un lugar donde recrearse

Los hoteles Mercer son como la casa que querría tener



Como en casa en ningún sitio, hasta ahora. Mercer ha elevado a la máxima potencia el concepto *estar como en casa*. Pero no en cualquier casa. Sus hoteles son como el hogar donde le gustaría recibir a sus invitados, entre estanterías repletas de libros y sillones confortables para disfrutar de un buen vino al abrigo de una acogedora luz tenue. Ubicados en el centro histórico, son pioneros en integrar lujo y modernidad en edificios de interés cultural, patrimonial y artístico. Visitarlos es como visitar un parque temático que reúne todo aquello que está de moda. Una noche en el recién inaugurado Mercer Sevilla es una *masterclass* en últimas tendencias en diseño de interiores, gastronomía y coctelería. Integrado en un palacet del siglo XIX del Barrio del Arenal, cuenta con sólo 12 habitaciones, lo que garantiza el servicio personalizado que caracteriza a la cadena. BARRA NAVAS